



TRISTEZA

***Escrito semanal del Sr. Arzobispo de Toledo
don Braulio Rodríguez Plaza
15 de octubre de 2017***

Confieso que desde hace algún tiempo me invade la tristeza. He vivido muchos acontecimientos en los últimos cincuenta y cinco años. Experiencias preciosas como han sido la llamada a ser cristiano, o a vivir la vida nueva de Cristo preparando el ministerio sacerdotal y la ordenación como sacerdote. También la ordenación episcopal. He sido feliz siendo sacerdote y obispo en tantos momentos de gozo con tanta gente; he procurado hacer el bien de los demás, con la predicación o el ejercicio del ministerio. Me he acercado a tantas personas y al misterio de sus vidas al hilo de tantos acontecimientos en España y en el mundo. Recuerdo vivamente la transición política y social, con sus luces y sombras. Pero con la alegría de haber visto que se ponían las bases para una convivencia plural en una España en la que cabían todos, tras tantos años de enfrentamiento, antes y después de la guerra civil; ese proceso que llevó a término la realidad de un Estado de derecho con la promulgación de la Constitución Española en 1978.

No viví ciertamente aquellos años de ruptura entre españoles (1931-1939), pero sí las consecuencias de no quererse los unos a los otros. Era bueno comprobar que esa situación terminaba y empezaba otra. Y no es que todo este tiempo, desde 1978 hasta hoy, haya sido una balsa de aceite. Muchos problemas, muchas incertidumbres, pero hemos tenido una vida “normal” con alternativas y vaivenes, discusiones y luchas, pero me parecía a mí que eran idos los tiempos donde los dirigentes de los partidos políticos llevaban a nuestro pueblo a enfrentamientos de enemigos irreconciliables que, desde la primera República Española en el siglo XIX, buscaban los unos la desaparición de los otros, o su persecución por ideas o tendencias o defensa razonada de posiciones políticas. En la vida hay muchas cosas que no te gustan, que te desagradan en la sociedad en la que vives, pero en un momento dado dejas la ingenuidad de creer que todo va a ir bien. Sin embargo, tienes la esperanza de que llegará la cordura, o que las cosas pueden mejorar y prevalecerá la justicia, la atención a los más pobres y una sociedad con más oportunidades para todos. Y el punto de referencia ha sido en todos estos años el ordenamiento jurídico del Estado que nos hemos dado todos, como posibilidad de entendimiento, esto es, la Constitución Española.

Yo creo en Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, y en su Providencia; vivo en el seno de la Iglesia Católica, que sinceramente contribuye al bien común de toda la sociedad española. Acepto, claro está, otras estancias sociales, otros grupos de nuestra sociedad que contribuyen a ese bien común. Es buena la separación Iglesia-Estado y la relación normal con tantas y tantas instituciones. También comprendo cada vez más que el ser humano, hombre y mujer, no se explican bien sin esa fractura que significa el pecado, y así acepto con paciencia mis defectos y los defectos del prójimo. Pero, desde hace algunos años presiento que el horizonte está cambiando y que la gente empieza a sufrir de nuevo las veleidades y las tomas de decisiones de políticos que tantas veces no buscan siempre el bien común. De manera que tenemos que sufrir con excesiva frecuencia lo que ellos indican y dicen que es el bien de todos los españoles, de todos los catalanes, de todos los madrileños, de todos los castellanomanchegos, etc. Y se deja de pensar en el conjunto, en lo que somos todos y se piensa más en “lo mío”, “lo nuestro”, “en mi gente” y en sus exigencias, que muchas veces son simplemente las de este o aquel partido político y que no todo el mundo comparte.

Yo no sé si se debe reformar la Constitución y tampoco me escandalizaré, si se hace. Pero me apena muchísimo -y me indigna- que empecemos de nuevo a no tener un punto de referencia que nos sirva para resolver y no para romper. Es mejor estar juntos que disgregados, es mejor abrir que cerrar, es mejor escuchar que chillar, es mejor acoger que rechazar. Es mejor una España unida, por muy diversa que sea, que desgajada en partes, aunque esas partes tengan peculiaridades muy ricas y que han de tenerse en cuenta.

Me parece un error que la presidencia de la Generalitat de Cataluña haya roto en el Parlamento catalán con la Constitución Española y pretenda independizarse. La unidad de España no solo es mejor que la ruptura, sino que además esa acción del gobierno catalán olvida los sufrimientos de los catalanes y de otros españoles en aquella guerra civil, a los que también contribuyó el intento de separación de entonces. La separación posible de ahora traerá también dolor y sufrimientos. Cada uno de nosotros tiene su culpabilidad, pero sin equidistancias: cada uno tiene la suya según su responsabilidad.

¿No estoy por el diálogo, por conversar, por solucionar el conflicto? Si estoy doliéndome de lo que sufren las consecuencias de las tomas de decisión de políticos, ¿cómo voy a ser partidario de rupturas y de acciones irreversibles que prolonguen el sufrimiento de la gente, tantas veces mayoría silenciosa? ¿Cómo ha de llegar la solución del conflicto? No me toca a mí decidirlo. Yo rezaré ardientemente y me felicitaré si la unidad continúa. También os pido a vosotros que elevéis al Señor oraciones para este fin.

+Braulio Rodríguez Plaza, arzobispo de Toledo. Primado de España